

El universo es inmensamente  
grande y supermístico



**LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Das Universum ist verdammt groß und supermystisch*

En cubierta: © Felicitas Horstschäfer, cedida por Beltz Verlagsgruppe

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Beltz Verlagsgruppe, Weinheim-Basilea, 2021

© De la traducción, Alejandro Pantoja Lindemann

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-10415-61-4

Depósito legal: M-3.511-2025

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Lisa Krusche

EL UNIVERSO  
ES INMENSAMENTE  
GRANDE Y  
SUPERMÍSTICO

Traducción del alemán de  
Alejandro Pantoja Lindemann

 Siruela

Las Tres Edades

## Uno

**Y**o quería un perro, pero me han regalado una planta de agua. Hay una bolsa llena de agua en la mesa y dentro la planta agita los tallos como si fueran tentáculos. Me la ha regalado ese hombre. Entró en la cocina con el albornoz de mi madre, el pelo largo y revuelto, las manos a la espalda y una sonrisa estúpida.

—Mira, Gustav, tengo algo para ti.

Por un segundo pensé que iba a ser un perrito, pero entonces puso la bolsa sobre la mesa y me quedé mirándola muy fijamente. El hombre rodeó la mesa y me dio un golpecito en el hombro, por detrás.

—A que mola.

Desde la tostadora, Lily le sonrió como si hubiera hecho lo más bueno del mundo, pero sabe perfectamente que lo que yo quiero es un perro.

«Dan demasiado trabajo —dijo una vez—. No me da para más con dos trabajos y, además, un perro».

Solo que sería mío y sería yo el que se encargase de él. Pero no me cree.

—Si todo va bien, entonces podrás tener un pez —dijo el hombre guiñándome un ojo.

—Ya veremos —respondió Lily.

«La vida es una broma», dice mi abuelo a veces, y ahora creo que ya sé a lo que se refiere.

—Así no estarás tan solo mientras estamos fuera. Puedes montar un acuario para la planta y leer sobre ella y esas cosas. A ti te gusta mucho leer, ¿verdad? —dice ahora el hombre sentándose a la mesa.

Lo que no me gusta es cuando la gente pregunta cosas que ya sabe, aunque, en general, no me gusta nada de lo que hace ese hombre. Por ejemplo, irse de vacaciones con Lily. Fue idea suya.

—¡Por primera vez en diez años! —exclamó ella completamente emocionada.

Quieren ir al Báltico, pero que no cuenten conmigo. No es una buena idea, porque siempre pasa lo mismo: aparece un hombre, Lily es feliz durante un tiempo, el hombre se va y Lily se pone más triste que antes. A más tiempo que esté el hombre, más triste se pone ella, así que unas vacaciones solo significan más tristeza.

—¡Ni lo pienses! —grité yo—. ¡Si os vais no pienso volver a hablarte nunca más!

Lily se enfadó bastante, pero yo también, porque no lo entendía. No entendía que no soporto a ese hombre. Que hace bromas y regalos estúpidos. Que siempre que se juntan ella se olvida de que yo también existo. Que necesitamos a alguien que se quede, sea quien sea. Cogí el móvil, escribí «no quiero ningún padre sustituto» y se lo puse en la cara.

—¡Gustav! —gritó Lily. Luego nadie dijo nada más, pero en algún momento volvió a hablar—. Bueno, mi amiga Nadia cuidará de ti. Yo sí que voy a ir.

Me encogí de hombros. Que haga lo que quiera. Yo haré lo de siempre: ir al río, ver pasar los barcos y encon-

trar y recoger cosas. En realidad, nunca hacíamos nada durante las vacaciones de verano. Lily siempre ha dicho: «Es mejor no irse, porque si lo haces acabas por no encajar en tu propio mundo». Pero, después de todo, ahora ella se va y todo es diferente, aunque no en el buen sentido.

—Dale las gracias —dice Lily sentándose junto al hombre.

Le hago un gesto con la cabeza.

—¡Gustav! —Me mira enfadada—. Sé que puedes hablar.

Le doy un mordisco a mi tostada.

Prometí no hablar y eso haré.

—Está bien, está bien —dice el hombre, aunque realmente no se lo puede tomar a mal—. Es una pena que no quieras venir, sé que no eres el más hablador. —Se echa a reír, si es que acaso hay algo por lo que reírse—. Pero seguro que seremos buenos amigos.

No lo creo. Vuelvo a encogerme de hombros como respuesta. Le doy igual. No para de hablar de lo estupendo que es el sitio al que van y de lo bonitas que son las playas, y Lily lo mira como si estuviera diciendo lo más inteligente del mundo. Le doy un golpe suave a la bolsa con el dedo y la planta se mueve de un lado a otro.

—¿Has pensado en ir a ver hoy al abuelo? —Lily le da al hombre un beso en la mejilla y se levanta.

Asiento con la cabeza. Yo soy quien se ocupa del abuelo. Lily trabaja por la mañana y por la tarde, y después no se pueden hacer visitas a la residencia. Al menos, es lo que dice ella. Me levanto, cojo la bolsa y la planta se agita de un lado a otro. Voy a llamarla Ágata.

«¿Ágata? Si no se parece en nada a una», dirán los demás. «¿Qué clase de nombre es ese?», preguntarán. Pero

Ágata no contestará, me mirará y asentiremos con complicidad. La llevo al balcón.

«Mira, aquí es donde vives ahora», le digo en mi cabeza. Estiro los brazos para que pueda mirar por encima de la barandilla. Una de las cosas que más me gusta hacer es contar la gente que sale de la estación, o los trenes que llegan y salen, o los coches que pasan por la calle principal por la mañana y por la tarde, o cuántas personas de los pisos que hay alrededor utilizan sus balcones para secar la ropa. Muchos lo hacen. La mayoría seca la ropa mientras fuma en el balcón. Algunos también amontonan allí el cristal o la basura que tengan; solo de vez en cuando hay alguna silla de plástico o una mesa. De algún modo, todo es gris, aunque brille el sol. Es el primer día de vacaciones y nada está bien. Vuelvo a bajar los brazos.

«Ya has visto suficiente, ¿verdad?». Ágata no dice nada, solo se mueve de un lado a otro. Creo que me gusta, pero el hombre todavía no.

«El hombre se tiene que ir», le digo a Ágata en mi cabeza.

«Pero ¿cómo?», pregunta ella. Y ahí me doy cuenta de que es una planta muy lista, porque esa es una muy buena pregunta.